

LIBROS

Joaquín Marco: con aire y con voz

Si hay que creer a los mil críticos literarios de este país que no han conseguido salir en ninguna antología poética presentable, la poesía española actual está por los suelos y en el subterráneo la novela. Los actuales escritores españoles nos hemos convertido en el jamón de un bocadillo crítico en el que hincan el diente por igual los críticos que aprendieron a leer gracias al Curzio Malaparte mussoliniano y los críticos que aprendieron a leer, leyéndose a sí mismos, pequeños Lautréamonts sin excesiva suerte. Joaquín Marco es una excepción. Tanto en su época de comentarista literario en *Destino*, como en sus periódicas apariciones actuales en las páginas literarias de *La Vanguardia*, el Marco crítico hace un esfuerzo serio y sereno en aprender a leer cada una de las obras puestas a su consideración. Con una metodología profesoral, de profesor universitario de Literatura y especialista en neoclásicos y románticos por más señas, Joaquín Marco ha tratado de discernir las voces y los ecos de un panorama literario español cada día más interesante en iniciativas posdiluvianas.

Tiene doble mérito esta ejecutoria, porque Marco es también un creador, un poeta hasta cierto punto delimitable dentro de la inmediata promoción que siguió a la de «los sociales». Sus libros de poemas *Fiesta en la calle* (1961), *Abrir una ventana a veces no*

*es sencillo* (1965) y *Algunos crímenes y otros poemas* señalan la trayectoria de un poeta que de una inicial influencia blasdeoteriana y goyitoluna llega a alcanzar un lenguaje plenamente diferenciado al servicio de unos materiales sin fronteras. Aparece ahora *Aire sin voz* en la colección *Ocnos*, recientemente incorporada a Barral Editores, y podemos acoger este libro como el testimonio de una madurez creadora silenciosamente cuajada. Insisto en el silencio, porque la obra poética de Marco no ha sido excesivamente jaleada, tal vez porque Marco nunca ha sabido insertarse plenamente en las olas que van y vienen. A partir de *Aire sin voz*, esta lamentable falta de coyunturalidad ya no importa. El libro demuestra suficientemente la calidad de la poesía de su autor, resultante de un acarreo verbal tan ancho, largo y hondo como toda la

tradición literaria oculta del profesor Marco y al mismo tiempo cuestionado el acarreo verbal por la socarronería plebeya de un escritor que debe a la Universidad la *maniere* y a las calles de su natal distrito quinto barcelonés la definitiva *matiere*.

En *Aire sin voz*, Marco asume definitivamente el desafío experimental en que se ha visto metida la poesía española de estos últimos veinte años; arruinada y bien arruinada la nostalgia por la métrica que aún colea, como si fuera imposible comprender que la poesía ha dejado de ser música y es palabra distribuida rítmicamente dentro de los cuatro puntos cardinales de una página en blanco. Desde este punto de vista experimental, su poema *El monte de los judíos* es una auténtica lección y en cierta manera una definitiva quema de naves métricas, un audaz pasarse a los calzoncillos

de «bragaslip», consciente de que «... la palabra no significa ya el nudo corredizo». El poeta decreta la libertad sin ningún afán dogmático, y ésta es una de las características que el lector, y el escritor, agradece tanto en el Marco poeta como en el Marco crítico. Nuestro «país literario» traduce la dogmática de los «bandazos» de nuestro «país político». Una o dos: o te paseas por la Arcadia con gónola veneciana o con dragaminas. En el terreno de la relación artística o literaria, la libertad de cultos es consustancial con las condiciones previas de cualquier esfuerzo creador.

Todo el libro está consagrado a un tema base: la relación entre libertad y felicidad, relación copulativa, disyuntiva, adversativa, optativa. El monotema no llega a ser obsesionante, porque el poeta lo manipula como un material poético más, no como una tesis filosófica disfrazada

de lenguaje poético. La cantidad de carne que el poeta deje en esa especulación es lo de menos, porque el poeta verdadero nunca cuenta su vida sin mentir a los demás o mentirse a sí mismo. Y así, cuando empieza diciendo:

Criaturas que nacen golpeando las sienes/ mis versos quieren retornar al silencio/quieren morir en la palabra misma.

hay que hacerle tanto caso como cuando se despide asegurando que la lógica del poeta es su lógica. A lo largo de ciento quince páginas, un poeta nos ha domado, nos ha obligado a entrar en sus convenciones respiratorias, en sus sonidos externos e internos. Finalmente, descubrimos que hemos leído a un Joaquín Marco personal e intransferible y que fuera estupidéz juzgar su *Aire sin voz* como si estuviéramos leyendo otro libro suyo anterior u otro libro cualquiera.

Leer literatura es aprender a leer cada libro. Una lección que Marco imparte como crítico e impone como creador. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

El triunfo del periodismo «Sirius», sobre De Gaulle

Hubert Beuve-Méry ha sido durante muchos años director de «Le Monde». Está actualmente retirado. Su nombre ha aparecido muy escasas veces en el periódico que dirigió. Con alguna mayor frecuencia se ha visto su seudónimo: «Sirius». Con un propio sentido de «la grandeur», «Sirius» sólo ha emitido su opinión en momentos especiales de la nación francesa, y habitualmente para comentar discus-

iones, conferencias o declaraciones del Jefe del Estado. Como si el director de «Le Monde» no debiese descender a asuntos de importancia menor que la citada. En los once años del «segundo imperio» del general De Gaulle, de 1958 a 1969, «Sirius» se encontró con un Jefe de Estado a la talla de su pluma. Le apoyó en los grandes temas de interés nacional, le criticó o mantuvo reservas abiertas cuando no coincidían con su propia manera de enjuiciar los acontecimientos o la historia. Aun en algunas conversaciones, «Sirius» trató a De Gaulle de igual a igual, sin olvidar el respeto debido a un Jefe de Estado, pero sin desdeñar el ejercicio de su libertad de opinión y juicio con un interlocutor.

Los artículos de «Sirius» en «Le Monde» sobre De Gaulle y sobre los acontecimientos trascendentales que vivió Francia en ese decenio, quedan ahora recogidos en un volumen, publicado en París hace unos meses («Onze ans de règne. 1958-1969», Flammarion, París, 1974) y editado ahora en España por Dopesa, Barcelona, en una traducción de Ricardo Mazo. El título español es «De Gaulle, once años de reinado. 1958-1969».

El tiempo del general De Gaulle en Francia es extraordinariamente rico en fluido histórico, en anécdotas y en ideas. Comienza con la rebelión de los militares en Argelia; termina con la revolución de estudiantes y obreros en 1968 (aún De Gaulle sobrevivía políticamente unos meses más hasta que la propia derecha le sacase del poder para instalar a quien fue su impaciente delfín, Pompidou, más «seguro» que el viejo general, que quiso estar por encima de los partidos), y en

